

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

25
cts

580
LOIS MORAN

EDMUND LOWE

LA ARAÑA



MENZIES, William Cameron y
LA NOVELA MCKENNA, Kenneth

**SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 580

"The Spider," 1931

LA ARAÑA

Intrigante asunto, interpretado por
• Edmund Lowe, Lois Moran, etc.



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA



Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ELENA D'ALGY

LA ARAÑA

Argumento de la película

El famoso prestidigitador Chatrand celebraba una de sus grandes sesiones en el Teatro Tivoli.

Un público selecto y rebosante asistía a la representación, admirando aquellas escenas de fantasía, de hipnotismo, realmente incomprensibles.

Chatrand, vestido de negro, imponente en su misma lobreguez, ayudado por dos colaboradores, realizó varias impresionantes desapariciones de personas y terminó la primera parte con un número sensacional: el de decapitar a una mujer.

La sentó en un sillón, y con un enorme mandoble, de espaldas al público, le rebanó la garganta. Luego, como una nueva Salomé, cogió la cabeza cortada y la puso en una bandeja... La

cabeza se movió y pronunció unas palabras ante el asombro de la concurrencia. Chatrand, sonriente, la cubrió con un velo que retiró instantáneamente... La cabeza había desaparecido de allí para volver a surgir momentos después sobre el tronco de la dama.

La ovación fué delirante; Chatrand era un artista de primera magnitud y aquellos experimentos los realizaba de una manera cruda y palpitante.

Como los aplausos no cesaran, volvió a aparecer Chatrand y dijo:

—Respetable público: Deseo comunicarles algo muy importante. Voy a transmitir por radio algunos datos acerca de Alejandro, mi ayudante, cuyos poderes psíquicos son bien conocidos. Agradezco a la estación W. F. I. su cortesía al permitirme hablar a través del micrófono.

Se hizo un gran silencio, pusieron un micrófono en el escenario. Chatrand siguió en el uso de la palabra, mientras Alejandro, un joven de ensueño, permanecía a su lado.

—Señores: Estoy tratando de establecer la identidad de mi ayudante... Hace dos años lo hallé vagando por las calles... Había perdido la memoria y aun no la ha recobrado en cuanto a su vida anterior... No tenemos otra huella que el retrato de una joven muy hermosa... Voy a dejar que hable Alejandro... Quizás alguien reconozca su voz.

El ayudante se puso ante el micrófono y pronunció breves palabras.

—No recuerdo mi vida pasada... No sé quién

soy... Si alguien me ayuda a descubrir mi personalidad, se lo agradeceré en el alma.

Pero al parecer nadie de los presentes conocía a Alejandro ni sabía nada relacionado con su vida, y la sesión fué en este respecto infructuosa.

Terminó la primera parte. Dentro de media hora comenzaría la segunda que tendría el mismo interés, la misma emoción, casi sobrenatural.

Las palabras radiadas habían llegado a todos los ámbitos de la ciudad y en una de las casas, lujosa y confortable, habían causado una gran impresión, singularmente en una hermosa joven rubia, llamada Beverly.

Junto a ella se hallaba el señor Juan Carrington, su tío, que daba muestras de impaciencia.

—Tío Juan, estoy asustada. ¿Y si ese muchacho que habla fuese mi hermano?

—Beverly, no digas tonterías. Si tu hermano viviera habríamos tenido noticias suyas. ¿Crees que así como así desaparece la gente?

—¡Oh!, pues estoy muy inquieta. Quiero ir al teatro a cerciorarme de que ese joven no es él.

—¡Perderás el tiempo!

—Tío Juan, ¿por qué te niegas a toda esperanza? No sé... A veces creo que deseas que mi hermano haya muerto.

—Es absurdo este pensamiento. Bien sabes que hubiera deseado tanto como tú que viviese... Estoy convencido de que murió... pero en fin... no quiero que me acuses de tirano. Vamos al teatro...

A los pocos minutos subían en automóvil y se dirigían al teatro. Ante la gran puerta central

contemplaron los cartelones en que aparecían los retratos de Chatrand y de Alejandro.

—Tío, no se parece a mi hermano, pero preciso estar segura.

—Tomemos dos butacas.

Entraron y se acomodaron en dos localidades del centro de la sala. Se sentían impacientes para que se reanudase la sesión que iba a descorrer el velo de la duda.

* * *

Alejandro se hallaba caracterizándose para la segunda parte. Chatrand, sonriente, le decía:

—Representaste muy bien, Alejandro. ¿Estás seguro de que no te fatigas demasiado?

—Me agrada mi trabajo—respondió el joven—y así recompenso en parte todas sus bondades.

—Espero que obtengamos algún resultado de nuestra transmisión por radio.

—Yo no lo espero ni lo deseo. Ello podría significar nuestra separación.

—Pero recobrarías tu verdadera personalidad, ahora ignorada.

—Me conformo sin ella.

Chatrand se dirigió al escenario para contemplar entre cortinas el aspecto del patio de butacas. ¡Magnífico! En todos los rostros se veían la satisfacción y el interés. Fué pasando revista a los espectadores, y se fijó de pronto en una muchacha rubia, Beverly, que iba acompañada de un caballero de mediana edad.

La estuvo contemplando breves momentos,

recordando haber visto aquella fisonomía ingenua y dulce en alguna otra parte... ¿Acaso en...? ¡Oh! ¿Pero sería posible?

Fuertemente preocupado se dirigió al camarín donde estaba Alejandro.

—¡Déjeme ver el medallón!—le dijo.

—¡Toma!

Abrió Chatrand el dije y contempló largamente el retrato de una joven rubia. Ya no le cupo duda. Era la misma que la que estaba en el patio de butacas. Sin embargo, como Alejandro, en la amnesia de que era víctima, ignoraba totalmente quién era aquella joven, se abstuvo de comunicarle que el original en persona se hallaba en el salón, y se limitó a decirle, a tiempo que le contemplaba con la fijeza agresiva y luminosa de sus grandes ojos de hipnotizador hasta conseguir que el muchacho permaneciera en un estado somnoliento:

—Esta noche oirás una voz familiar, ¿entiendes? Y lo recordarás todo, claramente, sin esfuerzo alguno... ¡Hazlo! ¡Te lo mando!

Entró otra colaboradora de Chatrand diciéndole que la sesión iba a dar principio...

El mago despertó a Alejandro a quien había imbuido las anteriores ideas y le dijo:

—Ten calma esta noche... Si te cansas, hazme una seña.

—Bien, señor.

—Y tu, Mary, vigila a Alejandro... y mucho cuidado con las luces.

Se dirigieron al escenario... La orquesta tocaba una sinfonía.

Los espectadores se dispusieron a gozar de las primicias de la sesión. Entre los de las últimas filas figuraba Brand, un buen padre de familia que iba con su hijo, de unos diez años de edad... El chico, nervioso como una ardilla, pisó sin querer un sombrero hongo que estaba en el suelo y dijo riendo a su papá:

—Le he pisado el sombrero a alguien, papá.

Brand, que era un bendito de Dios, rió a carcajadas, pero al mirar el sombrero, su contento cesó como por ensalmo. ¡El sombrerito era suyo y no del vecino!

—¡En fin!—dijo bondadoso—. Me alegro de haberme reído antes de saber que era el mío.

Se abrieron las cortinas y apareció Chartrand, vestido de frac, envuelto en su lóbrega capa negra.

La decoración era impresionante. Figuraba un inmenso sepulcro egipcio, y en el centro de la sala había un sarcófago de mármol que Chatrand abrió, comprobando todo el mundo que no había nadie en su interior... Lo volvió a cerrar, abriéndolo de nuevo al cabo de unos momentos y apareciendo entonces Alejandro.

—Señores: Voy a hacer algunos juegos de manos y a leer vuestros pensamientos—dijo Chartrand—. Observen cuidadosamente. Mi ayudante, Alejandro, es la maravilla psíquica del mundo... Leerá vuestros más recónditos pensamientos.

Beverly temblaba de emoción. Contempló a Alejandro que llevaba una venda negra sobre los ojos.

—¿Será mi hermano?—dijo en voz baja a su tío.

—Ni lo pienses.

—Su silueta es la misma.

—Hay tantos hombres iguales.

Chatrand hizo sentar a Alejandro en un sillón, de cara al público, y luego bajó a la platea.

—Dénme un objeto cualquiera... Alejandro dirá lo que es.

Un caballero le entregó su reloj de oro, y Chatrand preguntó a su ayudante qué era.

—¡Un reloj!

—¡Muy bien!... ¿Qué iniciales tiene?

El "medium" dijo al cabo de un violento esfuerzo de su imaginación:

—Las iniciales son J. B.

—Lo has adivinado. ¿Y qué número?

Nuevo sufrimiento por parte del ayudante que parecía esforzarse por ver a través de la venda...

—El... el... 3—0—4—7—6—9.

La adivinación era prodigiosa. Chatrand continuó paseando por el centro de la platea y una señora le dijo algo en voz baja. Entonces, el prestidigitador gritó:

—A ver, Alejandro, ¿qué está haciendo el esposo de esta señora?

—Está en casa cuidando el bebé...

Todo el mundo se echó a reír. Brand preguntó, mirando su hijo:

—¿Dónde nació este niño?

—En Fernando Poo—dijo la voz fantasmal de Alejandro.

—No, señor.

—En... en... Fuenterrabía.

—¡No, señor!... ¡Nació en la cama!

Sonaron nuevas risas. Chatrand señaló a otro de los concurrentes, un caballero de mediana edad, bien vestido.

—¿Quién es el señor?

—El... el... el doctor Blackstone.

—¿Se llama usted así?

—Exacto.

—¿Quiere que Alejandro diga lo que tiene en los bolsillos?

—¡No, gracias!

Otro espectador llamó al artista y le rogó hiciese determinada pregunta al "medium".

Chatrand, siempre amable, condescendió.

—Vamos a ver, Alejandro. Este señor, Enrique Smith, quiere saber el nombre de su futura esposa.

—Se llamará la señora de Enrique Smith.

Grandes carcajadas acogieron la declaración del "medium" y Chatrand sonriente se dirigió ahora al encuentro de Beverly.

La miró con fijeza y dijo:

—¿Cómo se llama esta señora?

Alejandro pareció realizar un violentísimo esfuerzo.

—Se llama... ¡Oh, no sé!... Se llama...

Vió entonces Chatrand un medallón que colgaba de una cadenita del cuello de la joven y lo cogió entre sus manos.

—¿Qué tengo en la mano, Alejandro?

El "medium" sufría. El sudor invadía su rostro... Sacudidas nerviosas le electrizaban.

Pero entonces, el señor Carrington se levantó, intentó arrebatarse el medallón y protestó contra aquellas preguntas.

—¿Quién le autorizaba para molestarles? ¿Por qué cogía aquel medallón? ¿Con qué derecho? Ellos habían ido allí de espectadores, no de cómicos.

—¡Calma, señor mío, calma!... Veamos, Alejandro... ¿Qué tengo en la mano?

—Un... un... medallón... Sí... y... ya me acuerdo... ¡Ya me acuerdo!... ¡De todo... de todo!...—dijo con un terrible grito y levantándose.

Pero en aquel instante se apagaron rápidamente las luces del escenario y de la platea hasta quedar todo oscuro como boca de lobo y sonó una seca detonación.

Hubo un momento de pánico, pero pronto volvieron a esconderse las luces y entonces vieron todos caído en tierra, sin dar señales de vida, junto al señor Chatrand, a don Juan Carrington.

Su sobrina Beverly, llorando, se abalanzó sobre el caído.

La gente se puso de pie y la noticia de un accidente o de un crimen corrió en el acto estremeciéndolo a todos.

Chatrand examinó a Carrington y dijo entonces a uno de los espectadores, el doctor Blackstone, que estaba en una butaca no muy lejos de allí:

—¿Quiere hacer el favor de venir aquí, doctor?

—No faltaba más.

El médico examinó a Carrington y movió la cabeza con tristeza.

—Su estado es gravísimo... Una bala le ha atravesado el pecho.

Aquella noticia causó una impresión profunda... Mucha gente quiso salir, pero el policía que estaba de servicio en el teatro, lo impidió... Había que esperar a que llegase el inspector-jefe.

—¡No se sobresalten y permanezcan en sus puestos!—advirtió el empresario—. La policía llegará dentro de unos minutos.

Desde su butaca, Brand contemplaba sonriente cómo unos empleados conducían hacia una de las salidas del teatro al desgraciado Carrington que estaba sin conocimiento.

—¡Han matado un hombre!—dijo su hijito.

—No lo creas—exclamó el simplista papá—. Esto forma parte del espectáculo.

—Pero... ¿y la policía?

—Todo farsa.

La gente estaba conmovida y nerviosa. Se oyeron voces de que iban a ser todos registrados, y un ladrón, que había ido como espectador, dijo a su mujer entregándole un arma:

—Esconde mi pistola en tu monedero. No fuera cosa que sospechasen de mí.

Momentos después entró en el teatro el inspector Riley con varios agentes.

El policía de servicio le puso al corriente de lo que sucedía.

—Un hombre estaba disputando con Cha-

trand. De pronto se apagaron las luces y aquél cayó herido.

—¿Y quién es?

—Se llama Juan Carrington—dijo otro de los concurrentes—. Lo conozco de la Bolsa.

—Bien... Bien... ¿Y de qué dirección vino el disparo?

Los pareceres fueron contradictorios. Mientras unos aseguraban que había venido del fondo de la sala, otros afirmaban, por el contrario, que había surgido del escenario.

Chatrand, que hasta entonces había permanecido en el pasillo, cabizbajo y preocupado, levantó la vista y se fijó en que en el escenario se hallaba Alejandro, caído en tierra, sin conocimiento, y corrió a levantarlo... Cerca en el suelo había una pistola.

—¡Alejandro! ¡Alejandro!—dijo intentando despertarle.

Seguramente el muchacho a causa de la impresión de aquella sesión penosa, había perdido el sentido.

El inspector Riley saltó también hacia al escenario y se apoderó del arma en el momento en que Chatrand la iba a recoger.

—¡No la toque!—dijo envolviéndola en un pañuelo—. Quería usted esconderla, ¿no?

—No, señor. Es el arma que usamos en el número... Está cargada con cápsulas sin balas...

—Conque sin balas, ¿eh?—dijo Riley vaciando el arma y dejando ver cinco cápsulas cargadas una de las cuales estaba sin bala—. Con

este revólver acaban de disparar un tiro... y no fué sin bala.

Chatrand examinó entonces el arma y movió la cabeza.

—Este no es nuestro revólver.

—¡Nada de historias!—dijo el inspector con ceño severo—. Usted estaba disputando con Carrington, ¿no es cierto?

—En efecto. El intentó arrebatarle el medallón... Forcejeamos. Se apagaron las luces... Sonó una detonación.

—¡Bien inventado!

—No conozco para nada a ese Carrington ni mi ayudante tampoco.

El inspector contempló al "medium" que seguía desvanecido y dijo a Chatrand:

—Usted tiene hipnotizado a ese muchacho... ¡Despiértelo! Quiero hablarle.

Chatrand quitó la venda al joven y empezó a pasarle la mano por la frente y los ojos... Y pronto volvió en sí...

Una espectadora, Beverly, que había permanecido cerca del escenario con la esperanza de ver el rostro del ayudante avanzó hacia él y dió un grito de emoción al reconocerle.

—¡Hermano!... ¡Hermano mío!

Alejandro la contempló breves instantes y murmuró:

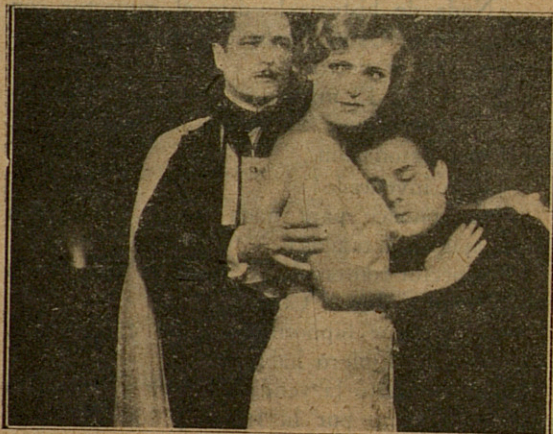
—¡Hermanita!

Y sin poder resistir la impresión volvió a desvanecerse.

Chatrand estaba radiante viendo que Alejandro recordaba su pasado. Pero el inspector Riley

después de ordenar que tirasen las cortinas, se cruzó de brazos y preguntó a Beverly:

—¿De modo que este muchacho es su hermano?...



...volvió a desvanecerse.

—Sí, señor.

—Esa joven es la que iba con el señor Carrington—dijo un policía.

—El señor Carrington es mi tío...

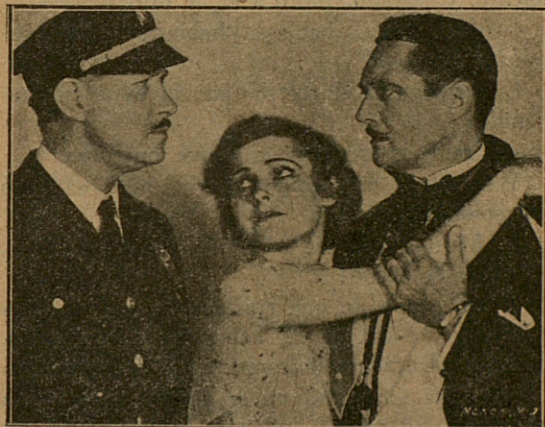
—¿Su tío? ¡Ah, me parece que todos ustedes andan complicados en este asunto! Pero creo que el principal culpable es Alejandro. Tenía el revólver junto a él con una cápsula disparada.

—Alejandro no pudo disparar sobre Carring-

ton... Yo estaba de por medio—protestó Chatrand.

—¡Mi hermano es inocente! ¡El no ha podido hacer eso! ¡Por piedad!

—¡Cálmese, señorita! No permitiré que acusen a su hermanito—dijo Chatrand.



—Sospecho de ustedes.

Llegó otro agente de policía llevando del brazo a Mary, la ayudante de Chatrand.

—Esta señora fué quien apagó las luces.

—¡De primera!... Un ayudante apaga las luces... y otro comete el crimen... ¿Por qué apagó usted las luces?

Temblando la mujer respondió:

—El señor Chatrand me tiene dicho que apague las luces cuando haya temor de que la

trampa sea descubierta o cuando el "medium" se pone enfermo. Y como vi que sufría tanto...

—Sospecho de ustedes. A ver, despierte usted a este muchacho o lo despertaré yo—dijo a Chatrand.

Alejandro pareció al fin recobrar el conocimiento. Chatrand, junto a él, le dijo:

—Alejandro... habla... habla... ¿Qué ocurrió?

El joven, con el rostro todavía extático, respondió:

—Trató de matarme... Tuve que hacerlo...

Y de nuevo, vencido por la crisis nerviosa, cayó en estado de modorra.

—¡Me basta lo dicho!—indicó el inspector—. ¡Admite el hecho!

Y dió orden de que trasladasen, arrestado, a Alejandro a una de las habitaciones del teatro, mientras él acababa de tomar otras declaraciones.

—Y que Chatrand no se acerque para nada al joven. No vaya a indicarle lo que tiene que decir—ordenó el inspector.

Alejandro en compañía de su hermana fué conducido a una habitación del subterráneo, mientras Chatrand quedaba en el escenario bajo la vigilancia de otro policía...

El inspector salió a ver cómo se encontraba Carrington...

Los concurrentes protestaban porque no les dejaban salir.

Pero había órdenes severísimas de que nadie se moviese hasta tanto no quedase del todo acla-

rado aquel suceso que el inspector quería desenrañar en seguida.

* * *

Chatrand había burlado la vigilancia del policía que estaba encargado de su custodia y había desaparecido por una de las falsas puertas que había en el escenario, provocando la ira y la desesperación del guardia, que buscó por todos los rincones y por el interior del sarcófago, sin hallar al hipnotizador.

Chatrand por una puerta secreta entró en la habitación donde se hallaban los dos hermanos y cuya puerta principal estaba vigilada por la parte exterior por un policía.

Alejandro había recobrado por entero el sentido y explicó a su hermana y a Chatrand todo lo que le sucedió anteriormente... Acababa de recobrar la memoria y el pasado tenía la brillantez de un día azul.

—Hace dos años acusé a mi tío Juan de robarnos nuestro dinero—dijo—. Entonces trató de matarme... Yo le di un golpe... Huí... Vagué como un loco... Caí en tierra... Y ya desde aquel momento no recuerdo cómo vine a parar con Chatrand... Y ahora al adivinar que mi tío estaba en la sala di un grito, no pude contenerme, pero mis fuerzas me faltaron y sentí que me desvanecía.

—¿Quién podrá, pues, haber herido a su tío? ¿Tenía enemigos su tío?—dijo Chatrand.

Beverly respondió:

—Un caballero que ha estado telefoneando

varias veces... Uno que había perdido dinero en el Banco de tío Juan.

—He ahí un indicio.

Se oyeron voces; la del inspector, la de varios agentes... Chatrand aconsejó a Alejandro:

—Estrás aún muy débil para un interrogatorio. Finge otro desvanecimiento.

Entraron Riley y sus hombres. Riley, que estaba furioso porque le habían dicho que Chatrand había huído, se tranquilizó al verle allí.

—Por algo es usted prestidigitador. Se filtra usted por las paredes.

—¡Así parece!

—Y habrá aprovechado su entrevista con su "medium" para inventar alguna mentira.

—Nada de eso.

El inspector zarandeó rudamente a Alejandro, y éste abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos fingiendo admirablemente...

—¡Me ha dicho toda la verdad!—exclamó Chatrand—. Hace dos años Carrington lastimó a este joven, de tal modo que ha perdido la memoria... Pero esta noche lo recordó todo. Por eso dijo que Carrington trató de asesinarlo.

—¡Ah, magnífico!

—Pero se refería a dos años antes... No ahora.

—¡Nada! ¡Nada!—dijo el inspector, triunfalmente—. Ahora conozco el motivo del atentado... La confesión ya la hizo antes.

Entró un policía comunicando que Carrington había muerto. Esta noticia hizo derramar abundantes lágrimas a Beverly.

—Esto se convierte en un asesinato—comentó el inspector—. Bien. Lleven a la Prevención a ese joven, el presunto asesino... En cuanto a los espectadores, pueden ya marcharse.

Chatrand miró furioso a Riley.

—El disparo se hizo desde la platea... Yo estoy seguro. Alejandro no disparó... ¿Va usted a dejar que escape el culpable?

—¿El culpable? ¡Si ya está aquí!

—Le aseguro que Alejandro es inocente.

—Es mucho asegurar.

—Usted no tiene un solo testigo ocular... No podrá probar que es culpable.

—Ya encontraré medios.

—Déjeme hacer usted una prueba... Atérrale al asesino... Lo haré confesar.

—Pero, hombre, ¿quiere usted convertirme en el hazmerreír de la ciudad?

—Nada de eso, Riley... Todo lo contrario... Déjeme salir a escena... sólo por diez minutos. Le prometo descubrir al criminal.

Vaciló el inspector, pero la seguridad de Chatrand, las lágrimas de Beverly, el espectáculo del pobre joven que fingía aún su desmayo, le conmovieron y accedió a que se realizase la prueba.

Volvió a dar órdenes para que no saliera nadie del local, lo que motivó las protestas de los espectadores. Sólo Brand seguía en su plan de ignorancia dichosa, creyendo que todo era comedia.

—Ahora el próximo número. ¡Verás qué bonito!—le dijo a su hijo.

Alejandro se hallaba febril. Sin embargo, se dispuso a obedecer en todo a Chatrand, a servirle como "medium" para conseguir el descubrimiento del autor del crimen.

De una fuerza nerviosa muy acentuada, Alejandro tenía verdaderas condiciones para realizar los experimentos del hipnotismo.

De nuevo se reanudó la sesión ante el público ávido de emociones.

Aparecieron en escena Alejandro y Chatrand, vigilados por numerosos policías que se hallaban entre bastidores. También en la sala había varios agentes.

Beverly se hallaba en uno de los departamentos cercanos, asistiendo, emocionada, a aquel experimento, que estaba segura iba a hacer resplandecer la inocencia de su hermano.

—Señores—dijo Chatrand—: Esta noche cometieron un asesinato en este teatro... Un inocente ha sido víctima de un crimen... Yo estoy luchando para que triunfe la justicia y para salvarle la vida a un joven, logrando su libertad,

Paseó su mirada fría por los espectadores en la mayoría de cuyos rostros había la emoción o el espanto.

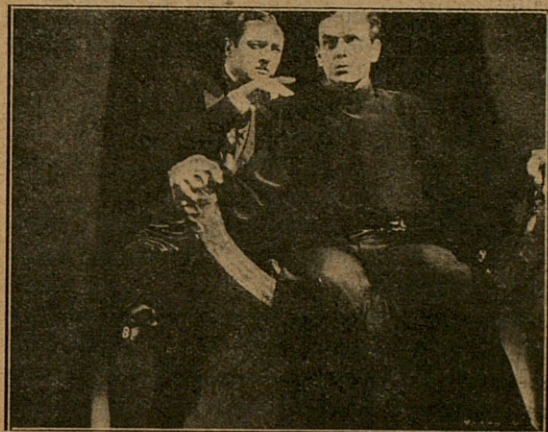
Hizo sentar a Alejandro en el sillón y comenzó a hinoptizarle con el poder de su mirada fascinadora.

—¡Alejandro... calma... calma y rigidez! ¡Vas a traspasar los umbrales de la eternidad!...

Alejandro se sintió invadido de un extraño

sopor y de pronto quedó como rígido, en estado cataléptico.

—Mientras este joven esté en estado hipnótico, todo el mundo debe mantener silencio... Un momento. Ahora van a comenzar a operar las fuerzas psíquicas.



—¡Vas a traspasar los umbrales de la eternidad!

Chatrand desapareció; el escenario estaba casi oscuro... De pronto por detrás de Alejandro aparecieron unas sombras blancas como fantasmas, una mano siniestra y enorme y al propio tiempo una voz que parecía salir de ultratumba y que decía:

—Viene un aire glacial... Distantes rumores

de vagas figuras... Vais a presenciar un milagro... Vais a ver los muertos...

Y del fondo del escenario, surgió una figura velada al principio pero que poco a poco fué adquiriendo relieve, apareciendo la fisonomía exacta del muerto, de Juan Carrington, con su bigote y barba recortados.

Nó se oía ni una respiración. El silencio era angustioso. La voz del aparecido se dejaba oír vibrante y terrible:

—Hay un hombre presente que juró asesinar-me... Mi mirada penetra su mirada culpable. Resuena la voz de su conciencia de una manera implacable... Voy a nombrarle... Es...

Pero en aquel instante desde la platea, sumida en casi total obscuridad, se efectuó un disparo hacia el escenario.

Se oyeron gritos. Confusión entre las sombras. La policía entró en el escenario; se encendieron las luces y sólo encontraron a Alejandro pero no al hombre que había dicho los anteriores y amenazadores conceptos.

En la platea reinaba vivísima sensación; la gente se miraba temerosa, una a otra, preguntándose quién había disparado.

Chatrand, que era el que se había caracterizado como Juan Carrington, había marchado a una de las salitas del teatro, curándose una leve herida en el brazo que le había causado el disparo.

Un policía que le vió entrar en aquella sala, dió un grito de espanto y se dirigió al encuentro

del inspector Riley que estaba buscando inquieto y frenético al hipnotizador.

—El muerto ha resucitado, señor. Ha resucitado.

—Qué tonterías dices! ¿Dónde está?

—Allá, en aquella sala.

Se dirigió al sitio indicado encontrando a Chatrand que se estaba quitando la barba y el bigote postizos.

—¿Qué significa eso de querer escapar? ¿Qué hace usted aquí?—le dijo Riley.

—No quería que me viesen caracterizado como Carrington.

—Basta ya... No puedo admitir más comedias. Usted y Alejandro van a ir a la delegación...

—Sería una estupidez. Mi plan es magnífico. El subterfugio de caracterizarme como Carrington casi ha dado resultado. Hay que proseguir la comedia.

—No podemos detener la gente por más tiempo.

—No la deje usted ir, inspector... El asesino está entre el público. Fué él quien tiró el arma al escenario con ánimo de salvarse de responsabilidad. Yo, con mi engaño, tenía al asesino tan asustado, que disparó para poner fin a su tormento.

—Sí, pero...

—Usted vió el fogonazo... ¿Cómo explicará eso a sus superiores?

—Lo mismo que usted tendrá que explicar acerca de este revólver que encontré antes aquí.

Tanteó Riley su bolsillo, pero vió con espanto que había desaparecido el arma.

—¡Me lo han quitado!—dijo—. ¡Ah!, ahora recuerdo que al pasar hace rato por el patio de butacas, sentí como un golpe en el bolsillo. ¡Me lo han quitado! ¿Pero quién?

—El mismo asesino para disparar contra mí. No lo dude. Si seguimos la sesión daremos con él. Usted es gran detective, Riley, yo quiero ayudarle. El asesino está ahí, presa de terror pánico... Permítame probar otra vez...

El inspector vaciló, pero al cabo, accedió a que continuase la prueba.

—Sea, pero es la última vez que le permito eso...

—Al punto empezaremos.

De nuevo se advirtió que iba a proseguir aquella interminable sesión... Algunos concurrentes quisieron protestar contra aquella forzada permanencia.

—Nos están deteniendo aquí ilegalmente—decía un espectador—. Podemos reclamar daños y perjuicios.

—Cállese si no quiere que lo perjudique ahora mismo—contestó un guardia.

Otro espectador protestó:

—No puedo quedarme aquí toda la noche... ¿Qué le diré a mi mujer?

—La verdad.

—Es que ella no me cree ni cuando digo la verdad.

El único que conservaba su magnífica tranquilidad era Brand que seguía sonriente, tomando

las cosas a broma, creyendo que todo estaba señalado de antemano.

* * *

Alzóse la cortina y de nuevo Chatrand y Alejandro aparecieron en el escenario.

Chatrand iba ya sin caracterizar.

Volvió a sumir todavía en un letargo mayor a Alejandro y le dijo:

—Alejandro. Fíjate en mis palabras... En el auditorio hay un asesino... Dime quién es...

El joven se revolvió en su asiento... y sus manos se engarfiaron.

—Ponte en estado receptivo... completamente... receptivo. Habla. ¿Quién es? ¿Quién es?

Alejandro parecía sufrir intensamente, su rostro estaba lívido, el sudor bañaba sus sienes.

—No... no... puedo...

—¡Cálmate!... Vamos a seguir... aunque nos rinda el cansancio.

En la penumbra en que estaba sumido el salón no se oía ni un aleteo. La gente se observaba recelosa. ¿Quién sería el asesino?

—¡Habla! ¿Qué ves? ¡Habla!

Y su mirada se clavaba en la suya derramándole el formidable poder magnético que ejercía.

—Sí... Veo una casa sencilla... una anciana... sus cabellos son blancos... Lloro amargamente.

—¿Qué más?

—Veo un hombre a su lado... Veo miseria... ruina... El hombre quiere suicidarse... pero primero piensa en otra cosa.

—¿En qué?

—En... en... vengarse... Veo sangre... un hombre muerto...

Sus palabras sonaban como acusaciones. El teatro era como la inmensa sala de un tribunal...

—¡Sigue... sigue!—le decía Chatrand anhelante.

Beverly seguía también con inmensa emoción el relato de su hermano que no sólo iba a salvarle a él, sino a descubrir al autor del crimen contra el tío Carrington.

—Veo una mano... en un dedo una sortija con una araña...

Alguien en la platea se despojó del anillo en que brillaba una araña negra. Con todo disimulo la arrojó al suelo y luego con el pie la lanzó lejos de sí.

—¿Qué ves más? ¿Dónde está el hombre de la sortija? ¿En que lado de la platea?

—¡En el lado... derecho!

Se oyeron rumores de sensación, movimiento instintivo de espanto entre el auditorio de la parte derecha.

—Halla al hombre... Está pensando en su captura... en que lo juzgarán...

—¡Sí... sí!—gemía Alejandro sosteniendo el terrible choque nervioso de su organismo.

—Le juzgarán... La silla eléctrica... la terrible corriente... cenizas—decía Chatrand con voz de terror—. ¿En qué fila está sentado ese hombre?

Unos proyectores comenzaron a iluminar el lado derecho de la sala, sacando a la luz rostros

lívidos de terror, de angustia, de responsabilidad.

Alejandro no respondió, como si sintiera venido y su cuerpo aniquilado por el desgaste nervioso no pudiera más.

—Concéntrate... Te pregunto otra vez: ¿En qué fila está sentado? ¡Piensa!

—En una... dos... tres... cuatro... cinco... Sí... en la cinco... la... cin... co.

El foco irradió su luz por la fila quinta. Cuantos estaban en ella se hallaban aterrorizados.

—En la quinta, ¿eh?—dijo Chatrand, triunfalmente—. Dame ahora el número de la butaca... Piénsalo bien.

—El... el...

Pero de pronto sonó un grito en la fila quinta y un hombre se puso en pie agitando los brazos como un energúmeno.

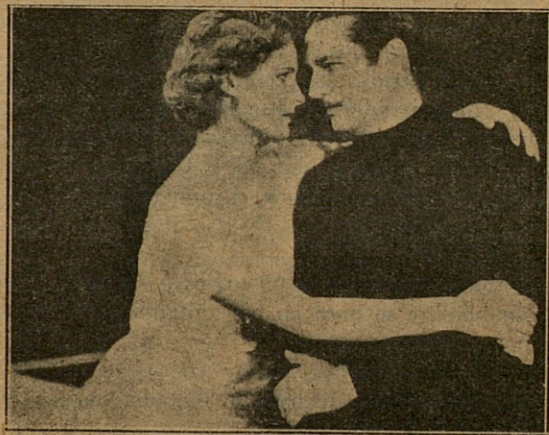
—¡Basta! ¡Basta!... ¡Soy yo! ¡Yo el asesino!... Me alegro de haberlo matado, porque lo merecía...

Inmediatamente se iluminó el salón y todo el mundo pudo ver que el hombre que se había declarado culpable, que no había podido resistir la acusación, era el doctor Blakstone.

Unos agentes corrieron hacia él, mientras el médico seguía diciendo a grandes voces:

—Carrington me robó todo el dinero y dejó a mi familia en la miseria. Me hizo poner todos mis ahorros en su Banco. He querido vengarme y habiéndolo visto esta noche en el teatro, aprovechando la oscuridad del salón le disparé un tiro... Arrojé luego el revólver al escenario, pero después al ver que lo recogía el inspector y acu-

saba a un inocente conseguí quitárselo... Disparé otra vez cuando me pareció ver en el escenario de nuevo a Carrington. ¡Le odio! Mil muertes le daría si pudiese.



—Eso de que mi hermano lea el pensamiento, ¿es cierto?

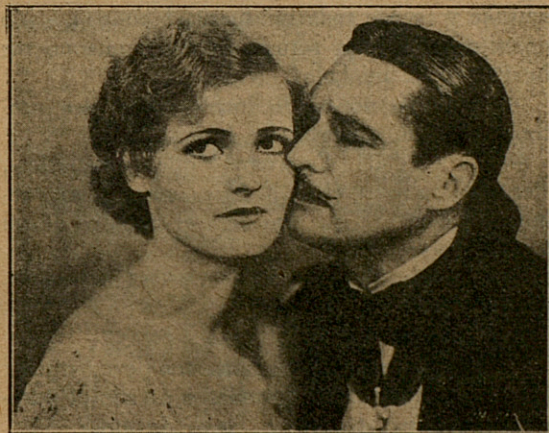
Fué trasladado de allí inmediatamente y conducido al coche celular. El inspector Riley salió al escenario y manifestó que ya podía marcharse todo el mundo, pues el crimen estaba descubierto.

La gente comenzó a partir satisfecha una parte por haberse descubierto el asesino, indignada la otra a causa de aquella permanencia en el salón.

—Deberían devolvernos el dinero...

—Esto no es un teatro... Es una sala de tiro...

Brand se marchó con el niño, pero a pesar de que era un infeliz, se apoderó tranquilamente del sombrero hongo de un vecino y lo cambió por el suyo completamente destrozado...



... la pidió por esposa.

En el escenario, Alejandro había vuelto en sí, muy débil a causa de la gran excitación nerviosa. Beverly a su lado le consolaba, le abrazaba con ternura.

Iban a vivir ya juntos los dos, después de aquellos dos años de cruel separación.

Chatrand, jovial y satisfecho, fué luego a saludar a Beverly y a darle ya la más cumplida enhorabuena.

Los dos se dirigieron a otra parte del escenario.

—Dígame, señor—exclamó ella mirándole con alegría—. Eso de que mi hermano lea el pensamiento, ¿es cierto?

—¿Por qué no? Yo tengo poder magnético y su hermano es un temperamento absolutamente sensible y recoge toda mi fuerza hipnótica... Yo necesito de él para actuar. Supongo que no me lo quitará de mi lado.

—¡Oh!, yo no puedo impedirlo... pero preferiría que no actuase. ¡Le fatiga tanto!

—¡Es verdad! Tendremos que licenciarle... Pero voy a ir a él a hacerle una última pregunta. Le pediré que me diga el nombre de mi futura esposa.

—Eso es fácil... Será la señora de Chatrand—contestó Beverly sonriente.

—Evidente.

Y acarició entre sus manos con leve temblor las de la joven cuyos grandes ojos azules parecían hinoptizar también... pero de amor.

Y algún tiempo después, Chatrand fué víctima del poder hipnótico de Beverly pues la pidió por esposa, rendidamente enamorado... Y ella accedió feliz...

Y en cuanto a Alejandro, ya no actuaba como "medium", sino con trabajos más fáciles que no le cansaran tanto. Pero al igual que antes, seguían triunfando en todas las naciones.

F I N

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de "Ediciones Bistagne" y se los remitiremos seguidamente

Ediciones especiales

Precio popular: 1 pta.

Últimos éxitos publicados:

M A M Á

(producción hablada en español)

por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, etc.

ERAN TRECE

(producción hablada en español)

por Manuel Arbó, Juan Torena, Ana M.^a Custodio

CHERI - BIBI

(producción hablada en español)

por Ernesto Vilches, María Ladrón de Guevara

BÉSAME OTRA VEZ

(delicosa opereta)

por Bernice Claire, Walter Pidgeon

CAMAROTES DE LUJO

(producción hablada en español por dobles)

por Edmund Lowe, Lois Moran, Greta Nissen

Esta semana:

LOS HIJOS DE LA CALLE

por Victor Francen, Gaby Morlay, etc.

LA DIVORCIADA

por Norma Shearer, Conrad Nagel, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA